

Tom Wolfe

Elegidos para la gloria



Elegidos para la gloria, posiblemente el libro más importante de Tom Wolfe, nos ofrece el resultado de seis años de tarea apasionante: investigar en qué había consistido realmente la carrera espacial y quiénes eran realmente sus más directos protagonistas: los astronautas. Los astronautas procedían del mundo de los pilotos de pruebas, un mundo que fomentaba imágenes míticas, muy distintas a las del pasivo robot que deseaban los técnicos y burócratas del Programa Mercury. El piloto de pruebas, el capitán total de su nave, era el que tenía, por antonomasia, lo que hay que tener: no sólo valor, sino también una mezcla de destreza, orgullo y lacónico humor, bajo las más terribles y continuas presiones. Su simbolismo era aún el del vaquero fanfarrón. Pero en la maquinaria del mundo futuro, en el cerebro multiforme de la Máquina, no hay sitio ya para el vaquero fanfarrón: el ideal es el autómeta, y a la condición de autómetas y de conejillos de Indias quieren reducir a los bravos vaqueros.

Este libro nos narra su lucha por conservar la dignidad humana. Y nos explica también las incidencias del gigantesco combate singular publicitario en que se convierte la llamada «carrera espacial» y lo mucho que influyeron en el pueblo norteamericano los repetidos fracasos iniciales de su programa (los nuestros siempre fallan) y la eficiencia implacable del soviético. Y también nos habla de la gigantesca maquinaria publicitaria e informativa, que inicia paralelamente su tarea con los astronautas, que necesita héroes y símbolos; imágenes míticas que fabrica y prefabrica, convirtiendo en fichas a los seres humanos. Pero aun así, y aunque en las fauces del monstruo publicitario no sólo caigan los astronautas sino también sus familiares directos, este mecanismo del sistema aporta a sus víctimas algo muy importante: poder. Frente al tecnócrata anónimo y al funcionario de la ciencia, el astronauta es un héroe individualiza-

do; su apoyo puede significar mucho para un político en unas elecciones, o convertirse él mismo en aspirante, como el muy reciente caso de John Glenn (uno de los protagonistas de este libro); su vida toda se convierte en información valiosa; su imagen, en la mejor publicidad. Todo esto y muchas cosas más nos cuenta Tom Wolfe en este libro, en el que, a través de un estilo ágil e irónico y una prosa simple y directa, hace resplandecer su característica menos imitable: su extraordinario talento. No cabe duda de que *Elegidos para la gloria* se convertirá —como *La canción del verdugo*, de Mailer, y *A sangre fría*, de Capote— en uno de los mayores clásicos de la literatura norteamericana contemporánea.

Para Kailey Wong.

Los Angeles

Al cabo de cinco o diez minutos, no más, la habían telefo-
neado ya tres de las otras para preguntarle si se había ente-
rado de que había sucedido algo.

—Jane, soy Alice. Oye, acaba de llamarme Betty para decirme que había oído que había pasado algo. ¿Estás enterada?

Así lo formulaban, llamada tras llamada. Jane descolgó el teléfono y empezó a transmitir el mismo mensaje a otras.

—Connie, soy Jane Conrad. Acaba de llamarme Alice, y dice que ha pasado algo...

Algo era parte de la jerga oficial de las esposas para dar vueltas de puntitas y con los ojos vendados alrededor del asunto. Jane Conrad, al tener sólo veintiún años y ser nueva allí, sabía muy poco de este tema concreto, pues nadie lo abordaba nunca. ¡Pero el día era joven! ¡Y qué marco tenía para su inminente iluminación! ¡Y qué imagen presentaba ella misma! Jane era alta y esbelta y tenía un hermoso pelo castaño, pómulos altos y los ojos grandes y también de color castaño. Se parecía un poquito a la actriz Jean Simmons. Su padre era un ranchero del suroeste de Texas. Había ido a estudiar al Este, a Bryn Mawr, y había conocido a su marido, Pete, en una fiesta de puesta de largo del club Gulf Mili de Filadelfia, cuando él estudiaba el último curso en Princeton. Pete era un muchacho bajo, rubio y nervudo, alegre y bromista. Podía esbozar en cualquier momento una amplia sonrisa que revelaba lo separado de sus dientes. Era del tipo Hickory Kid; un Hickory Kid en el circuito juvenil, sin embargo. Daba sensación de vigor, de seguri-

dad en sí mismo, de ambición, de alegría de vivir. Jane y Pete se casaron a los dos días de que él se graduase en Princeton. Jane dio a luz a su primer hijo, Peter, el año pasado. Y hoy, aquí en Florida, en Jacksonville, en el pacífico año de 1955, el sol brilla entre los pinos, y hasta en el propio aire se percibe el centelleo del mar. El mar y una gran playa color blanco mica quedan a poco más de kilómetro y medio. Cualquiera que pase en coche puede ver la casita de Jane, resplandeciente entre los pinos como una casa de ensueño. Es de ladrillo, pero Jane y Pete pintaron los ladrillos de blanco, así que brilla y relumbra al sol sobre el fondo de una gran pantalla verde de pinos con un millar de puntitos por los que penetra el sol. Pintaron las contraventanas de negro, y eso hace que resalten aún más las paredes blancas. La casa tiene sólo cien metros cuadrados de espacio, pero la proyectaron ellos mismos y eso compensa de sobra su pequeñez. Se la hizo un contratista amigo suyo con todos los descuentos posibles, de modo que sólo les costó once mil dólares. Fuera brilla el sol y dentro la fiebre se eleva minuto a minuto mientras cinco, diez, quince y, por último, casi las veinte esposas se incorporan al circuito, intentando descubrir qué ha pasado, lo que, en realidad, significa: al marido de quién.

Al cabo de treinta minutos en este circuito (y esto no es una mañana insólita), las esposas empiezan a sentir como si el teléfono no estuviese localizado ya en una mesa o en la pared de la cocina. Como si les explotase en el plexo solar. Pero sería muchísimo peor oír en este momento el timbre de la puerta. Aunque no esté escrito en ningún sitio, en este punto el protocolo es muy estricto. Ninguna mujer ha de comunicar la noticia fatídica, y mucho menos por teléfono. ¡No hay que dejar que se embarullen las cosas! Eso es lo básico. En fin, cuando llegue el momento, ha de comunicar la noticia un hombre, un hombre con cierta autoridad oficial o moral, un sacerdote o un camarada del recién fallecido. Además, ha de comunicar la noticia fatal en persona. Debe

presentarse allí a la puerta, llamar al timbre y esperar como una columna de frialdad y eficacia, y entregar la mala nueva congelada, como un pescado. Así que, en fin, todas las llamadas telefónicas de las esposas eran, en realidad, sólo el frenético y portentoso batir de alas de los ángeles de la muerte. Cuando llegase la noticia fatídica, habría un timbrazo en la puerta (una esposa en esta situación se ve de pronto mirando la puerta de su casa como si ya no le perteneciese ni la controlase) y en la puerta habría un hombre que viene a informarle de que desgraciadamente allá fuera ha pasado algo, y que el cuerpo de su esposo yace ahora incinerado en los pantanos o en los pinos o entre los matorrales de palmito, «quemado e irreconocible»; cualquiera que llevase ya tiempo en la base aérea (por suerte, Jane no llevaba mucho) comprendía que esto era sólo un hábil eufemismo para describir un cuerpo humano que era ya como una enorme pieza de volatería quemada en el horno, con una capa de un marrón negruzco por encima, grasienta y llagada, frita, en una palabra, no sólo con toda la cara y el pelo y las orejas achicharradas, y no digamos ya la ropa, sino también manos y pies, con lo que queda de los brazos y las piernas doblado por las rodillas y los codos y quemado en ángulos absolutamente rígidos, una masa chamuscada y grasienta de un marrón negruzco, lo mismo que el propio cuerpo tumefacto, de modo que este marido, padre, oficial, caballero, este *ornamentum* de los ojos de alguna madre, Su Majestad el Bebé de sólo veintitantos años atrás, ha quedado reducido a un chamuscado hollejo con alas y zancas.

Mi propio marido. Era imposible que fuese de aquello de lo que hablaban. Jane había oído hablar a los jóvenes, Pete entre ellos, de otros jóvenes a los que les había «tocado» o que habían «barrenado», pero nunca había sido alguien a quien ellos conociesen, ninguno de la escuadrilla. Y, de todas formas, hablaban de ello con la terminología despreocupada y coloquial con que hablaban, por ejemplo,

de deportes. ¡Pero nada más! Ni una palabra, ni impresa ni en la conversación (¡en este lenguaje amputado!) sobre el incinerado cadáver del que el espíritu de un joven se ha esfumado en un instante, del que han desaparecido en un suspiro sonrisas, gestos, malos humores, preocupaciones, tretas, ademanes, ternura, miradas amorosas (¡tú, amor mío!) mientras el terror asola una cabaña en el bosque, y una joven hierve de agitación, esperando que la confirmen como la nueva viuda del día.

La serie de llamadas que siguió aumentó sensiblemente la probabilidad de que fuese a Pete al que le hubiese pasado. Sólo había veinte hombres en la escuadrilla, y pronto quedaron descartados nueve o diez por los aleteantes informes de los ángeles de la muerte. Al enterarse de que corría la voz de que había habido un accidente, los maridos que tenían un teléfono a mano llamaron a casa para decir no me pasó a mí. Esta noticia alimentaba, claro, el fuego de inmediato. El teléfono de Jane sonó otra vez, y una de las esposas dijo:

—Nancy acaba de recibir una llamada de Jack. Está en la escuadrilla y dice que ha pasado algo pero no sabe qué. Dijo que había visto a Frank despegar hace unos diez minutos con Greg atrás, así que están bien. ¿Qué sabes tú?

Pero Jane sólo se había enterado de que otros maridos, no el suyo, estaban seguros y a salvo. Y así, en un claro día de Florida, junto a la Base Aérea de la Marina de Jacksonville, en una casita blanca, una verdadera casa de ensueño, otra hermosa joven se dispone a recibir la noticia del *quid pro quo* de la actividad laboral de su marido, de las condiciones del trato, como si dijésemos, los subpárrafos de un contrato no escrito en impreso visible. Jane, con la misma certeza que si tuviese ante sí toda la lista, sabía ya que sólo faltaban dos hombres de la escuadrilla. Uno era un piloto llamado Bud Jennings. El otro era Pete: descolgó el teléfono e hizo algo que estaba muy mal visto en una situación

de emergencia. Llamó a la oficina de la escuadrilla. Contestó el oficial de servicio.

—Quiero hablar con el teniente Conrad —dijo—. Soy la señora Conrad.

—Lo siento —dijo el oficial de servicio, y luego su voz se quebró—. Lo siento... yo...

¡No encontraba palabras! ¡Estaba a punto de llorar!

—Yo... bueno... verá... ¡No puede ponerse al teléfono!

¡No puede ponerse al teléfono!

—¡Es muy importante! —dijo Jane.

—Lo siento... es imposible.

El oficial de guardia apenas si podía articular palabra de lo que le costaba reprimir los sollozos. ¡Sollozos!

—¡No puede ponerse al teléfono!

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—Lo siento, —más suspiros, resuellos, jadeos—. No puedo decírselo. Yo... tengo que colgar ya.

Y la voz desapareció en un gran oleaje de emoción y el oficial de guardia colgó.

¡El oficial de guardia! ¡El oficial de guardia no había podido contenerse al oír su voz!

Se le congeló y se le heló el mundo en un instante. No era capaz ya de calcular siquiera lo que podía tardar en sonar el timbre de la casa y aparecer allí a la puerta un individuo serio y eficiente, un Amigo de las Viudas y Huérfanos, a comunicar oficialmente que Pete había muerto.

Incluso allá fuera, en medio de la ciénaga, en aquel pudridero de troncos de pino, aceitosa basura, enredaderas marchitas y huevos de mosquito, incluso allí fuera en aquella gran letrina pútrida, el olor de lo «quemado e irreconocible» borraba todo lo demás. El combustible del avión generaba, al explotar, un calor tan intenso que todo, salvo los metales más duros, no sólo se quemaba (todo lo que fuese goma, plástico, celuloide, madera, cuero, ropa, carne, car-

tílogo, calcio, queratina, pelo, sangre y protoplasma) no sólo ardía sino que entregaba el alma en forma de todos los gases pútridos conocidos por la química. Podía olerse el horror. Penetraba por las narices y chamuscaba las cavidades nasales y te llegaba al hígado, te empapaba las tripas como un gas negro hasta que no había más en el universo, ni dentro ni fuera, que aquel hedor a chamusquina. Cuando bajó el helicóptero entre los pinos y se posó sobre los matorrales, el olor llegó a Pete Conrad antes incluso de que la escotilla estuviese abierta, y no estaban aún lo bastante cerca para ver el desastre. Tuvieron que hacer a pie el resto del trayecto. Enseguida les llegó el agua a las rodillas y luego al pecho y siguieron vadeando entre el agua, el verdín y las enredaderas y los troncos de pinos, pero todo esto no era nada comparado con el olor. Conrad, teniente de nueva promoción de veinticinco años, estaba casualmente de servicio aquel día como oficial de seguridad de la escuadrilla y era quien tenía que investigar *in situ* el accidente. Pero aquella escuadrilla era, en realidad, el primer servicio de su carrera, y nunca en su vida había tenido que examinar un caso de accidente como aquel y jamás había olido tan repugnante hedor ni visto nada parecido a lo que le esperaba.

Cuando llegó por fin al avión, que era un SNJ, encontró el fuselaje quemado y reventado y hundido en el pantano sin un ala y con el techo abatible de la carlinga aplastada. En el asiento delantero estaba todo lo que quedaba de su amigo Bud Jennings. Bud Jennings, un muchacho afable, un piloto de caza joven y prometedor, era ahora un espantoso hollejo achicharrado sin cabeza. La cabeza había desaparecido, parecía haber sido arrancada de la columna vertebral como una piña de su tallo, y además no aparecía por ninguna parte.

Conrad, hundido allí en la ciénaga, empapado, se preguntaba qué demonios podía hacer. Costaba un trabajo inmenso avanzar unos metros en aquel barrizal. Cada vez que

alzaba la vista contemplaba un delirio de ramas, enredaderas, sombras moteadas y una luz blanca desmenuzada que penetraba a través del follaje de los árboles, la ubicua pantalla de árboles con un millar de puntitos por los que se colaba el sol. Sin embargo, se lanzó a vadear entre barro y verdín, y los demás le siguieron. Con la mirada fija arriba, fue distinguiéndolo poco a poco. Arriba, en las copas de los árboles había una sucesión de ramas rotas que indicaban por dónde había pasado el SNJ. Era como un túnel entre las copas.

Conrad y los demás empezaron a chapotear cruzando la ciénaga, siguiendo aquel extraño túnel que se abría a unos treinta y tantos metros de sus cabezas. El túnel hacía un brusco giro. Debía haber sido allí donde se le había roto el ala al avión. El túnel se desviaba hacia un lado y bajaba. Ellos siguieron, mirando arriba y chapoteando en el fango. Luego se detuvieron. Allá arriba, hacia la mitad del tronco de un árbol, había una gran llaga de savia verde. Qué raro. Junto al tronco llagado había... era como si el árbol estuviese enfermo. Cubría las ramas una especie de masa amarillada, como la que se ve en los árboles infestados de orugas, y había unos coágulos amarillentos alrededor en las ramas, como si aquella enfermedad del árbol hubiera hecho brotar la savia, la hubiese hecho supurar y congelarse, pero no podía ser savia, tenía vetas de sangre. Y en un instante. Conrad no tuvo que decir nada. Todos podían verlo. Aquella especie de saco informe era el forro de tela de un casco de vuelo, con los auriculares enganchados. Los coágulos eran los sesos de Bud Jennings. El tronco del árbol había atravesado el techo abatible de la carlinga del SNJ y había partido en pedazos la cabeza de Bud Jennings como si fuera un melón.

El protocolo exigía que el jefe de la escuadrilla no comunicase el nombre de Bud Jennings hasta que se hubiese

localizado a su viuda, Loretta, y se hubiese enviado a un mensajero de la muerte, eficaz y varón, a comunicarle la noticia. Pero Loretta Jennings no estaba en casa y no había modo de encontrarla. Por tal motivo, se produjo una demora, tiempo más que suficiente para que las otras esposas, los ángeles de la muerte, ardiesen de pánico por las líneas telefónicas. Había noticia de todos los pilotos salvo de los dos que estaban en el bosque: Bud Jennings y Pete Conrad. Un cincuenta por ciento de probabilidades, cara o cruz, nada excepcional. Loretta Jennings había salido a comprar al centro comercial. Cuando regresaba a casa, vio a cierto individuo esperando fuera, un hombre, un solemne Amigo de las Viudas y Huérfanos, y fue Loretta Jennings quien perdió el juego de cara o cruz, fueron los hijos de Loretta (estaba embarazada del segundo) los que se quedaron sin padre. Fue esta joven la que pasó por todos los horrores finales que Jane Conrad había imaginado (¡dado por supuesto!) que ella tendría que soportar. Pero este amargo golpe de suerte tranquilizó muy poco a Jane.

El día del funeral de Bud Jennings, Pete buscó en el fondo del armario y sacó su chaquetón de gala, para cumplir con el reglamento. Era la prenda más elegante del guardarropa de un oficial de la Marina. Hasta entonces, Pete no había tenido ocasión de ponérselo. Era un chaquetón cruzado de melton, azul marino, y le llegaba casi hasta los tobillos. Debía pesar lo menos cuatro kilos. Tenía una doble hilera de botones dorados y presillas para charreteras, un cuello acampanado grande, muy bonito, con solapas y puños vueltos; iba entallado en la cintura y tenía una abertura atrás desde la cintura hasta abajo. Pete, al igual que la mayoría de los norteamericanos de mediados de este siglo, jamás tendría otra prenda tan impresionante y aristocrática como aquel chaquetón. En el funeral, los diecinueve indiecitos que quedaban (¡muchachos de la Marina!) se alinearon varonilmente con sus chaquetones (¡parecían tan jóvenes!). Aquellas caras rosadas y sin ninguna arruga, los mentones

afilados y absolutamente lisos alzados con bravura, y con toda corrección, sobresaliendo de los enormes cuellos acampanados de sus chaquetones. Cantaron un viejo himno de la Marina, que se hundía de cuando en cuando en una extraña y lúgubre clave menor, e incluía una estrofa especialmente añadida para los aviadores. Terminaba así: «Oyenos, Señor, cuando elevamos nuestra oración por los que están en peligro en el aire».

Tres meses después, otro miembro de la escuadrilla se estrelló y quedó quemado e irreconocible y Pete volvió a sacar el chaquetón de gala y Jane vio a los dieciocho indiecitos pasar valerosamente por todas las etapas del funeral. Poco después, Pete fue trasladado de Jacksonville a la base aérea de la Marina de Patuxent River, Maryland. Apenas Pete y Jane se habían instalado, cuando les llegó la noticia de que otro miembro de la escuadrilla de Jacksonville, un íntimo amigo suyo, un individuo con el que habían salido a cenar varias veces, había muerto cuando intentaba despegar de un portaaviones en un ejercicio rutinario de prácticas en el Atlántico, a pocos kilómetros de la costa. La catapulta que despedía el aparato de la cubierta del portaaviones perdió presión, y el aparato se precipitó por el extremo de la cubierta, el motor resollando en vano, y cayó veinte metros a plomo en el océano y se hundió como un ladrillo, y el piloto desapareció, exactamente así.

A Pete lo habían trasladado a Patuxent River, que en la jerga de la Marina se llamaba Pax River, para que se incorporase a la nueva escuela de pilotos de pruebas de la Marina. Esto se consideraba un paso importante en la carrera de un joven aviador de la Marina. Terminada la guerra de Corea, como no había vuelos de combate, todos los pilotos jóvenes que querían subir rápido recurrían a las pruebas de vuelo. Los militares decían siempre «pruebas de vuelo» y no «vuelos de prueba». Los aparatos a reacción llevaban

funcionando por entonces sólo diez años, y la Marina probaba continuamente cazas a reacción nuevos. Y el primer centro de pruebas de la Marina era Pax River.

A Jane le gustó la casa que compraron en Pax River. No le gustaba tanto como la casita de Jacksonville, pero claro, la primera la habían proyectado Pete y ella. Vivían en una comunidad llamada North Town Creek, a unos nueve kilómetros de la base. North Town Creek, lo mismo que la base, se hallaba en una península de pinos achaparrados que sobresalía en la Bahía de Chesapeake. Estaban embutidos en medio de los pinos (¡de nuevo!). Había matorrales de rododendro a todo alrededor. Las clases y las prácticas de vuelo exigían a Pete mucho trabajo. Todos los que estaban en su clase de pruebas de vuelo, el Grupo 20, hablaban de lo difícil que era, y, evidentemente, les encantaba, porque en la Marina volar allí significaba estar en la primera división de la liga. El único mundo social de Pete y Jane eran los jóvenes del Grupo 20 y sus esposas. No se relacionaban con nadie más. Se invitaban mutuamente a cenar durante la semana; había una fiesta de todo el grupo en casa de alguien prácticamente todos los fines de semana; y salían a pescar o hacer esquí acuático en la Bahía de Chesapeake. En cierto modo, no podrían haberse relacionado con nadie más, por lo menos fácilmente, porque los muchachos sólo podían hablar de una cosa: sus vuelos. Una de las frases continuamente presente en la conversación era «empujar el exterior del sobre». El «sobre» era un término del mundillo de las pruebas de vuelo que aludía a los límites de capacidad de un avión concreto, el giro que podía hacer a determinada velocidad. «Forzar el exterior» (tantear el límite máximo) del envoltorio, parecía ser el gran desafío y la gran satisfacción de la prueba de vuelo. Al principio, «forzar el exterior del envoltorio» no resultaba una frase especialmente aterradoras. Parecía, de nuevo, como si los muchachos hablaran de deportes.

Luego, un claro día soleado, un miembro del Grupo, uno de los alegres colegas con quienes cenaban normalmente y comían y hacían esquí acuático, regresaba para aterrizar en la base, en un caza A3J. Entró demasiado bajo antes de bajar los alerones y el aparato perdió bruscamente velocidad y se estrelló y el piloto quedó «quemado e irreconocible». Y todos sacaron los chaquetones y cantaron aquel himno que hablaba de los que estaban en peligro en el aire y volvieron a quitárselos, y una noche después de cenar, los indiecitos que quedaban hablaron del accidente. Cabeceaban y decían que era una verdadera lástima, pero que debería haberse dado cuenta y no debería haber tardado tanto en bajar aquellos alerones.

A la semana escasa, otro del Grupo iba a aterrizar en el mismo tipo de aparato, el A3J, e intentó un aterrizaje de noventa grados, que exige un giro brusco, y algo fue mal en los mandos, y acabó con un estabilizador de atrás hacia arriba y el otro hacia abajo, y el avión bajó girando como un sacacorchos desde una altura de 240 metros y se estrelló y el piloto quedó «quemado e irreconocible». Y sacaron otra vez del armario los chaquetones y todos cantaron sobre los que están en peligro en el aire y volvieron a guardar los chaquetones y una noche después de cenar comentaron que el finado era buen chico, aunque inexperto, y cuando el fallo de los mandos le había puesto en apuros, había sido incapaz de reaccionar.

Todas las esposas deseaban gritar: «¡Pero bueno, Dios mío! ¡Se rompió la máquina! ¿Por qué demonios creéis que ibais a salir vosotros mejor librados?». Sin embargo, todas sabían intuitivamente que no era correcto ni siquiera sugerirlo. Pete jamás insinuaba, ni por un instante, que pensase que pudiera pasarle a él algo igual. No sólo parecía impropio socavar la confianza de un joven piloto planteando la cuestión, sino, además, peligroso. Y también esto formaba parte del protocolo extraoficial de la esposa del piloto. A partir de entonces, Jane empezó a preocuparse cada vez